

---

---

# FR. GERUNDIO.

---

*Si quis dixerit pilum esse rem prorsus contemptibilem, anathema sit.*

Si alguno dijere que de un pelo no se debe hacer caso, le arréo un mosquilon que le quite las muelas.

CONC. GERUND.

---

## UN PELO.

---

Aun no nos hemos penetrado bien de la importancia é influencia de *un pelo*; así es que lo miramos como la cosa mas despreciable é insignificante. No siendo mucho pelo junto, no le da-

mos importancia ; no sabemos apreciar las cosas ; no discurrimos ; no somos filósofos.

Sin embargo , Fr. Gerundio que así cuida de lo mínimo como de lo máximo, ha llegado á convencerse que de *un pelo* pende muchas veces el destino de los mortales. Ya lo apuntó hace días el hermano Ovidio en su estilo lloroso y quejumbroso. Efectivamente: figúrate, ó lector, que tienes una cita de interés, y que has empeñado tu palabra de honor de no faltar á la hora: que le da gana de rozarse al *pelo* de que pende el movimiento de tu reloj, y por consecuencia natural te se pára; le sacas, le miras; ves que aun no señala tu hora, le guardas, esperas, el tiempo marcha, la hora pasa, tu faltas á la cita, y quedas *cochinamente* (palabra bastante humilde, pero muy significativa). Si eres caballero, debes aborcarte: si eres ambiciosillo, y la cita era con un Ministro para tratar de destino, y el Ministro, como es natural, se enfurruzca y pierdes su gracia, no sabes sentir si no te tiras en el primer río que encuentres: si la cita era con tu dama y sabes ser buen enamorado, no debes tardar quince minutos en levantarte la tapa de los sesos de un pistoletazo. Y si ella te queria, como supongo piadosamente, será un alma de cántaro si no va tras de tí á la eternidad. ¡Ahí es nada lo que puede ocasionar un pelo!

Y á tí, suscritora vivaracha y escrupulosilla, ¿no te ha sucedido alguna vez hallar *un pelo* en

la comida, acaso cuando hayas tenido un convidado de etiqueta? ¡Vaya si te habrá sucedido! Y te habrás puesto mas encendida que una grana, y te habrán dado náuseas y habrás echado las de Datan y Abiron á la porcóna de la criada que tiene la maldita costumbre de peinarse sobre los mismos pucheros; y acaso la habrás despedido de tu casa, y sabe Dios como se habrá visto para hallar otro amo. ¡Por vida del pelo de mi abuela!

Y á tí, lectora de los ojos negros y gachones (que ojalá veas con ellos lo que deseas mejor que yo) ¿no te ha dado algun mal rato un solo pelito de esa poblada pestaña que por casualidad te haya quedado introducido entre el párpado y la niña? No quiera Dios que tal te vuelva á suceder; y si te sucede, no permita el cielo que se halle delante Fr. Gerundio, porque de verte llorar se le caería á él el lagrimon *asi* (al decir esto suelto la pluma, cierro ambas manos y junto los puños: mira si serian bien gordos!).

Se me figura, ó lector de mis pecados; se me figura, (y cuidado que estaremos á cien leguas de distancia) sí; se me figura que te diviso por debajo de esa chalina una marca de pelo en esa camisola ó camisolin, ó como llamais eso blanco que trais al pecho. ¡Oh amigo! Dos iniciales hechas de *un pelo* de tu Clotilde; de *un pelo* que se arrancó de su misma cabeza por su misma mano; ¿para qué? Para que la marca con él

trabajada sea para tí un signo perpetuo é indeleble, que tiene que durar en el percal ó bapista (que desde aquí no distingo bien la clase de tela) mas que una inscripcion regia cincelada en duro mármol; para que te sea mas expresivo que S. P. Q. R. *Senatus Populus Que Romanus*, para los descendientes de Rómulo, mas que el J. N. R. J. *Jesus Nazarenus Rex Judæorum*, para los cristianos fervorosos; mas que el P. O. J. *Paz, Orden, Justicia*, para el ministerio del mal géño.

Vamos que tambien tendrás un pañuelito marcado con *otro pelo* (ó con el mismo, si aquel era bastante largo, que en eso yo no me meto). Pues piérdele por una casualidad, ó cámbiale por un compromiso: ¡ay de tí infeliz! O truenan los amores para siempre, ó te cuesta aguantar quince días de bruseo, que mas valia pasarlos en el purgatorio. Y todo por *un pelo*! ¡Maldito pelo!

Es que nadie sabe lo que es *un pelo*. Senador conoce yo, señores (y ya ven Vds. lo que supone un Senador) que si al tiempo de salir de casa al senado se le descompone, desnivela, ó desorganiza *un pelo*, vuelve al tocador, pasa otra hora y media en restituirle á su pristino lugar, se mira, se remira, y aunque entre tanto se estuviera votando en el senado una cuestion vital, y los votos se empatáran, y de su desempate pendiera la suerte de la patria, nuestro Padre Conscripto no se desprenderia del tocador hasta que estu-

viera arreglado, atusado y rigurosamente disciplinado el rebelde *pelo*.

De *un pelo* arrojado al agua ó á la humedad dicen que se forma una culebra: de las culebras se hacen los culebrones, de los culebrones los dragones; así como de un abogado, si hay humedad, se hace un Intendente, y de un Intendente, si la humedad sigue y hay fermentacion, en un par de hervores se conglutina un ministro acabado en *on* como dragon. Habiendo humedad, de *un pelo* se forma cualquier cosa: no habiéndola, no se forma mas que una *cana*.

¡*Un pelo!* Sobre *un pelo* arman una zapatiua los diputados ministeriales y los de la oposicion, que *del pelo* hacen una cuestion de vida ó muerte, ponen la cosa *pelaguda*, y poco les falta para andar *al pelo* unos con otros.

Por último señores: *sobre un pelo* da Fr. Gerundio una capillada, lo cual demuestra que hasta que todos los hombres y mugeres no se vuelvan calvos, no le faltará á Fr. Gerundio sobre que gerundiar.



## La fachada de S. Marcos.

---

Señores lectores, si alguno de Vds. se halla con el sombrero eucasquetado, tenga la bondad de descubrirse, porque es á Fr. Gerundio á quien está leyendo, y á cada uno se le debe tratar como quien es. Eso en todos los gobiernos es bien visto. ¿Están Vds. ya?

Pues señor, lo mismo fue salir del despotismo de las lluvias pasadas y amanecer un día en que recobrando el sol sus imprescriptibles derechos nos restituyó la libertad de pasear por el campo, quise, yo Fr. Gerundio, aprovechar el primer claro, y dirigí mi humanidad reverenda hácia las afueras de Leon sin mas objeto que respirar aire libre. No llevaba mas compañía que el breviario debajo del brazo con ánimo de echar vísperas sino había gente que me lo estorbára. Cuando menos me percaté, halléme delante del convento de San Marcos; púseme á contemplar su hermosa fachada, aquel hermoso frontispicio de vistosa piedra costosamente labrada, que así llama la atención del artista extranjero que viene á copiar los monumentos clásicos y obras maestras de nuestra patria, como la del tío Meleno que concurre todos los mercados á la ciudad montado en su butra mohína á comprar ajos y pimienta para la semana.

¿Por qué no me ha de suministrar esto, dije para mi capilla, materia para un articulejo? Y púsenme á examinar los rótulos de los bustos de aquella comitiva de aristócratas de piedra que al escultor le vino en mientes entallar todo lo largo de la fachada.

Aquí entra Fr. Gerundio á darse tono. Figúrate, ó lector, que le estás viendo en la actitud fachendosa de un observador anticuario, con las nutiparecas á caballo *more masculino* sobre su nariz ciceroniana, la boca entre-abierta, la cabeza supina, el manto casi cayéndosele de los hombros, y la capilla caída *sin casi* sobre la espalda, como un hombre enteramente absorto y extasiado. No pasaba una rata de un lado á otro que yo no observase; oía decir: «es Fr. Gerundio.» Entonces yo aparentaba mas *absorvimiento*, y me gozaba de verme contemplado con mas admiracion que yo observaba las figuras de piedra. Cualquiera me hubiera tenido por un Arquímedes: y aunque me acordaba que aquel famoso matemático habia pagado bien caro su arrobamiento en la solucion del problema, pues le costó ser esbandullado por un soldado romano que no entendia de mas ángulos, ni círculos ni cuadraturas que el lanzon y la charrancha, me parece que hubiera deseado en aquel momento que entráran los facciosos en Leon y me hicieran víctima de una distraccion histórico-político-arquitectónico-gerundiana, con tal que á semejanza del mausoléo que erigió al Geó-

metra de Siracusa el general Romano colocando sobre él como símbolos de su facultad un cilindro y una esfera, me hubiera levantado á mi D. Carlos un cenotafio con un cordon y una capilla por remate. ¿Es mucho tono el que da una actitud de esta naturaleza!

El primer Reyancón de piedra que me eché á las batbas fue Príamo, el Luis Felipe de Troya, en razon de numerosa prosapia, cuyos hijos se derramaron concluida la guerra por diferentes estadillos, como Luis Felipe quiere dejar acomodados los suyos, aunque sea de Reyezuelos de mala muerte á mas no poder. Desde luego estrañé ver colocado este personage en un edificio destinado para canónigos regulares, pero asi me quedé, y pasé adelante.

Le seguia París su hijo, el encargado por Júpiter de terminar la *discordia* que habia producido entre las diosas la maldita manzana. Pero ¿qué sucedió? Que por contestar á Venus se atrajo los enojos de Juno y Palas. Si no hay peor cosa que dar preferencias. Por eso Fr. Gerundio no ha querido dar *la manzana* ni á los exaltados ni á los moderados (pése al señor Marqués de Somcrue-los), sino que la tiene reservada para el que marche en regla, sea del partido que quiera, y como todavia no le ha encontrado, conserva la manzana guardadita en la manga.

Al lado de París creí encontrar á la famosa Helena, cuyo robo tanta cachetina originó entre

griegos y troyanos, pero ni á su lado ni mas lejos la pude hallar. Sospeché si se le habria llevado algun canónigo para alivio de las penas de la exclaustracion; no, y si la hubiera cogido yo á mandamiento, puede que tambien hubiera arramplado con ella por un principio de conciencia escrupulosa, porque quien roba á un ladrón gana cien dias de perdon, y que segun cuentan, la moza merecia la pena de hacer una calaverada; y sobre todo, hubiera llevado la mira de convertirla al cristianismo, y ganar un alma para el cielo.

El tercero seguia Hector, el Zumalacarregui de aquella familia. Vaya, dije; la historia de los Dardánidas tenemos aqui. Asi es que contaba ya con que el cuarto de seguro fuese la buena de Laodicéa, y me hallo inesperadamente con Alejandro Magno. Primer anacronismo en la fachada de San Marcos. Despues viene Julio César: otro salto, y otro anacronismo. A continuacion me tropecé con la hermosa Judith; vaya V. viendo qué mezcla! qué fusion tan particular de sagrado con profano! No me pareció mal granito la señora, pero no disgustó que la hubieran esculpido con el retrato de Holofernes colgado del cuello. ¿Qué se diria hoy de una señora que trajese el retrato de un hombre á quien aborreciera? Como que los maridos cuyos retratos cuelgan del cuello de sus esposas no necesitan de más testimonio de entrañable amor de parte de ellas, pueden estar

segurísimos, y son completamente afortunados.

La seguía Isabel la Católica; y para encontrar á su marido D. Fernando me costó recorrer toda la línea: no sé por qué regia de arquitectura me habian divorciado este matrimonio. Sospeché si sería por los celos con Lucrecia Romana, que es la que colocó el artífice junto á Doña Isabel; pero á buena parte iba el señor D. Fernando si hubiera caído en tentación de echarla no tiento: lo primero, que tenía que atravesar un monton de siglos hacia atrás para encontrarse con ella; y lo segundo que era muger que no gustaba de coche, y sino que lo diga el atreviduelo de Sexto Tarquino. Pero no puedo menos de decir que ella fué una bobona; despues del daño hecho se va á quitar la vida, y deja al otro danzante que se vaya riendo de la fechoria. Así hacen los niños cuando se enojan: se vengan con no querer comer, y el daño se le hacen á sí mismos; ademas que el castigo de la *Tarquizada* habia de haber sido antes, antes. En fin ya pasó.

Junto á la virtuosa Romana ví al valiente Hannibal, el Espartero de los Cartagineses. Ola, pájaro! dije en alta voz: tú te dormiste mucho sobre las victorias, y eso que no pendias de un ministerio que tubiese á tus soldados sin un cuarto y sin zapatos: así no hubieran tenido tanto calzado, y tantos guantes y tanta morondanga.

¿A que no saben Vds., ni los mismos de Leon, quien está en San Marcos junto á Hannibal? Pues

están Judas Macabeo, David y Josué, y junto á Josué, Carlo-Magno y Bernardo del Carpio: ¿quién lo habia de pensar? ¿Pero quién habia de pensar tambien que estuviesen allí mano á mano Hércules con el conde Fernan Gonzalez; Trajano con el Cid; el marqués de Villena con Octaviano César; D. Alvaro de Luna y D. Beltran de la Cueva con Carlos V y con Alfonso de Castro? Pues allí están con otros que no nombro, para el que los quiera ver, y allí se encontrará tambien en la portada del medio á un Santiago de piedra, buscando moros que vendimiar, y rabiando porque no le han dejado allí mas que cristianos, hebréos ó infelices absolutistas; y las conchas se le habian quedado sobre la iglesia. En fin aquello es una historia de anacronismo y anomalías; un tomo histórico de escultura cuya paginacion está toda cambiada y trastornada, y su encuadernacion hecha por un librero loco. Asi es que cuando iba yo Fr. Gerundio, discurrendo cómo atar tanto cabo suelto de esta historia de piedra, cómo buscar algun orden, alguna uniformidad, algun enlace entre aquellos cuadros, di de bocicos con el puente que está al extremo del edificio, y me hallé asi como suena entre San Marcos y la puente, no en refrán, sino en realidad.

Lo mismo está ahora nuestra España que la fachada de San Marcos, porque nuestros hombres de estado son tambien como el escultor que trabajó aquellas medallas. Ellos nos han levantado un

edificio, hermoso sí, y de una fachada vistosa y muy laboreada, porque son unos arquitectos teóricos que se las pelan; pero llegado el caso de ejecutar, no se ve mas que anacronismos y anomalías, cuadros y páginas descuadradas. Tras de una ley análoga al siglo XIX, sale un decreto propio del siglo XV: al lado de una orden digna de los tiempos de Mariblanca, marcha un reglamento que scria bueno para de aqui á 150 años; y andamos y volvemos, y seguimos y tornamos, y parámos y corremos, y nos hacemos tan pronto águilas como tortugas, tan pronto tortugas como eangrejos, y cuando Fr. Gerundio va á concordar épocas, á atar cabos, ordenar cuadros, y enlazar páginas, se encuentra con que nos hallamos... *entre San Marcos y la Puente.*

---

## EL FREGADO.

---

El tal señor Marqués de Sombreruelos, como dice mi Tirabeque, ha armado un *fregado* por los gobiernos políticos, que parece que anda el duende por ellos. Lo mismo se hacen cascós em-

pleados de la gobernación, que se rompen los platos y cazuelas en el vasar cuando anda Martinillo por casa. Ya está bueno el ojo. Desde que á Fray Gerundio le despojaron de la sacristania son tantos los hermanos de hábito que le vienen contando sus lástimas todos los correos, que aunque habia *cerado intencion* de hablar mas palabra sobre este asunto, no puede sin faltar á la caridad dejar de decir al P. general de la orden, que si su Rma. piensa seguir dando y quitando hábitos con la prisa que hasta aqui, haga por conseguir de S. M. que permita á Fr. Gerundio crear un nuevo instituto de *Mendicantes*, segura de que pronto se verán llenos todos los conventos que subsisten en pie, y aun habria que edificar de nuevo para acomodarlos á todos: ó bien que se establezca una sopa económica en cada capital de provincia para los pobres impedidos, retirados, viudas y *desempleados por el señor Somaruelos*.

Efectivamente es ya escandaloso el quita y pon de empleados por este ramo, segun de todas partes me anuncian, y lastimosísimo el estado á que quedan reducidas muchas familias de patriotas beneméritos. Ya si el desmoche se hiciera por tanta rama inútil como hay, bendito sea Dios, en la cepa de la gobernacion, santo y bueno. Pero entrar la poda por los sarmientos útiles, y dejar, ó ingertar de nuevo vástagos secos ó de mala calidad, separar á un señor Tejera, querido de la provincia que mandaba, y recomendable por su

ilustracion y sus virtudes, y aun Lluellas Aleu víctima de decenas de padecimientos por la libertad, y colocar á un Castro, de quien mas vale callar, y á muchos otros Semi-Castros; hacer secretario á un 2º jefe político á un 1º; bajar á 3ª clase á los de 2ª; designar quien ha de reemplazar á Fr. Gerundio dando al reemplazante dos ascensos, y al correo siguiente sacándole una capillada quitándole uno de los ascensos, y disponiendo que ya no sea él el que reemplace á Fray Gerundio, sino otro á quien sin duda le entró despues el autojito; voto á cribas, señor Marqués, que es V. mas gerundiador que yo mismo!

Y no crea su Reverendísima, ni por pienso, que ha tenido la mas minima parte en este articulo género alguno de resentimiento personal; al contrario, vuestra Reverencia con su capillada me ha proporcionado satisfacciones que nunca pensé gozar, y que ahora se han aglomerado mas que en toda mi vida pasada; ademas que el desembarazo en que vuestra Paternidad me dejó, me hizo prorrumpir desde luego en aquellas palabras de un juego de prendas que algunas veces he dirigido: *«Bien haya nuestro Padre San Ignacio de Loyola, que no nos dejó maitines ni laudes á deshora; bonorum, bonorum, rebonorum; vita bona, vita bona, vita bona»*

Júrole á S. R. por mi peluca que solo lo he puesto por una mera, pero justa condescendencia á tantas, tantas instancias de tantos, tantos inde-

fnidos como V. P. va dejando, y á mi han apelado y acudido para que diga algo.

Por la misma, mismísima y unicéssima razon doy lugar á la siguiente epístola fraterna que en sus ausencias me dirijió el P. Adjetivo.

A MI CARÍSIMO HERMANO FR. GERUNDIO.

«Hermano en Cristo: desde el momento en que tomando el hábito religioso te asociaste á la santa comunidad, de que yo tambien era fraile, me pareció ver en tu rostro una semejanza de aquel que para memoria de los siglos nos dejó estampado la santa Verónica en el lienzo de su piedad: y cuando despues te ví adoctrinar á los parvulillos, predicar en los templos, instruir á los aldeanos, y luego entrarte por las ciudades, y con tu voz de dulzura y á veces de trueno, recomendar la virtud, reprender el vicio y arrancar á la hipocresia su máscara, ya no dudé que imitabas en todo al original de aquel retrato, y que vendrias á ser con el tiempo el Mesias político crucificado por la salud del pueblo. No me equivoqué, y al fin te hemos visto perseguido y muerto por los Someruelos y los Mones, como Jesucristo lo fue por los Escribas y Fariseos. Preciso es que un hombre muera, dijo Caifás, para que se salve el mundo: preciso es que Fr. Gerundio caiga; dijo Someruelos, para que no se vean nuestros desaciertos. *Et factum est ita*. Pero nos

consuela y debe consolarte la prueba que has dado de tu mision divina resucitando, como aquel, triunfante del pecado y de la muerte, y convirtiendo con ella á los mas incrédulos, que arrepentidos de sus culpas y asombrados del prodigio, dándose guijarrazos en el pecho y puestas las manos en la cabeza irán gritando por esos mundos de Dios: «Verdaderamente que Fr. Gerundio era el enviado para decirnos la verdad, y nosotros pecadores no queriamos creerlo. El se ha salvado como en otro tiempo David de la cólera de Saul, y Daniel de la boca de los leones. Verdaderamente que Fr. Gerundio era el enviado para decirnos la verdad. *Osanna in excelsis*. Tulin, tulin.» Ya verás ahora, hermano carísimo, como se te agregan discípulos; envíales á todos tu santo espíritu que los inflame, para que sean tus palabras como el rocío que vivifique los corazones, y haga germinar en ellos la virtud; y cuenta entre tus mas devotos y fervorosos apóstoles á tu humilde hermano y concólega—*Adjetivo*.



## LA MUERTE VIVA.

---

¡Tanto temer la muerte! ¡Tanto temer la muerte! No bien habia uno nacido, ya le estaban haciendo el coco con ella. Despues como era cosa que nadie habia visto, porque cuando llegaba á todo el mundo cogia con los ojos cerrados, mucho mas miedo. Y cuidado que á ese *fantasma* le temian hasta los exaltados, que en eso se hacian muy poco favor. Pero ahora que se descubrió quien era (bien conocen Vds. que es el descubrimiento mas importante del mundo), ya no hay que tenerla miedo. ¿A que no se imaginan Vds. quién era *la muerte*? ¡Cómo se lo han de imaginar! Pues era *un cabo del regimiento de Córdoba*, pásmense Vds. ¿Cuándo dirán Vds. que se descubrió? Una noche de carnaval. ¿Y en dónde creerán Vds.? En la ciudad de Cuenca.

En efecto, en Cuenca se presentó una noche de carnaval un máscara figurando una imagen exacta de la muerte, llevando en la mano una guadaña, y un letrero al pecho que decia: *nemini parco; con nadie me ahorro*, que equivale á *æquo pulsat pede* de Horacio. En vez de escitar la aparicion repentina de la muerte en aquellos

cristianos tan olvidados de ella en aquellos momentos ideas de recogimiento religioso, no pensaron mas que en adivinar el objeto con que iria la muerte á aquellos sitios. Los exaltados se alborotaron con la aprension de que el *máscara-muerte* era el gefe político, y que el *nemini parco* era un emblema propiamente de muerte á los moderados. De tal modo les roia la zozobra, que la buena de la *muerte* tuvo que descubrir la cara, y se vió que era... un cabo, el cabo que les he dicho á Vds.; sin que por eso se desvaneciese todavía la aprension y el miedo de que la *guadaña* de aquella *muerte* fuese una *guadaña política*.

De este hecho infiere Fr. Gerundio que los *moderados* se asustan de *fantasmas*, y los *exaltados* tambien se asustan de *fantasmas*. Entre unos y otros hay gente bastante *fantasmagórica*. Por eso Fr. Gerundio no quiere ser de otro partido que el de Fr. Gerundio.



## LA CUCHARADA.

*Tirabruque.*—Señor, muchas gracias.—¿Por qué, Tirabruque?—Porque hoy no me ha dejado V. meter baza, señor; y como V. llevaba trazas de hablarlo todo, y yo perdía las esperanzas de meter mi *cucharada*, crea V. que me faltaba poco para reventar.—Bien, hombre; vamos; ¿qué tenía que decir?—Ya que no pueda *entrar de lleno* en la cuestión, como dicen los diputados (y tienen razón, que las mas de las veces entran *de vacío*), porque falta poco para llenar esta capillada, le haré á V. una preguntita no mas: V. que dice que ha descubierto la muerte, ¿á que no sabe V. cómo ha de coger la muerte á D. Carlos?—Que sé yo, hombre; puede que le coja sentado en el trono, si sigue un poco mas la sandez de hacerse la guerra los liberales entre sí.—No me ha de andar V. con *puedes*: ha de decir V. de fijo cómo le ha de coger.—Acaso le cogerá *transigiendo* con el ministerio de P. O. J.—No ande V. con *acajas*: ha de decir fijamente cómo.—Quien sabe si le cojerá haciendo novenas á la virgen de los Dolores.—Tampoco ha de decir V. *quién sabe*; diga V. cómo le ha de coger la muerte.—No será difícil que le coja durmiendo á pierna suelta á los siete años

de sueño, si el gobierno no quiere calzar la tropa.—No ha de decir V. *no será difícil*: diga V. cómo.—También es posible que le coja haciendo un mimo á la Duquesa de Beyra.—No ha de decir V. *es posible*.—No, pues pariendo es bien seguro que no le coge. Ni es posible saber puntualmente cómo le cogerá la muerte.—Pues yo lo sé.—¿Qué has de saber tú, botarate? Vamos, ¿cómo ha de coger la muerte á D. Carlos?—Le ha de coger vivo.—Lástima es que no te dicra yo á beber el vino por una capilla rota.

